

VI domingo de Pascua

- Hch 8, 5-8. 14-17. Les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.
- Sal 65. R. Aclamad al Señor, tierra entera.
- 1 Pe 3, 15-18. Muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu.
- Jn 14, 15-21. Le pediré al Padre que os dé otro Paráclito.

1. ¿Qué dice la Palabra?

El evangelista Juan pone en este texto unas ideas muy centrales: El amor lleva al cumplimiento de los mandamientos, y ese cumplimiento tiene una recompensa. Hay que leer con esta clave el texto para comprenderlo: «si me amáis, cumpliréis mis mandamientos y yo pediré al Padre que os envíe el Espíritu Santo».

En este discurso, llamado “de despedida”, Jesús asegura a los discípulos, que va con el Padre, pero los consuela diciendo que no los dejará huérfanos, que estará con ellos, que les enviará el defensor, el Espíritu Santo. Pero deben cumplir, obedecer, mantenerse, cuidar, guardar los mandamientos. Al mantenerse en los mandamientos los discípulos se adhieren a la voluntad de Dios. Es como un nuevo éxodo, una salida de sí mismo para llegar a una tierra prometida que exige el paso por el desierto. Es un nuevo éxodo que se concentra en la actitud de obediencia a los mandamientos de Jesús.

Pero ¿qué mandamientos? La Ley preveía primero el Decálogo de Moisés y luego muchísimas normas más que están en los primeros libros llamados los libros de la Ley. Jesús, propone la simpleza de “amar como Él nos ama”. Y establece unas ideas centrales que encontramos en las Bienaventuranzas y también en el llamado Juicio Final de cómo se comportaron.

Jesús insiste: «Si me amáis, cumpliréis mis mandamientos». El amor a Jesús no un sentimiento solamente, sino un acción de vida fiel a su Palabra. El amor de Dios, tampoco es un sentimentalismo, es una Palabra hecha hombre, Jesús, el Cristo. El amor es una persona, que vino a este mundo a cambiar nuestra mentalidad egoísta en amor real, verdadero y en una vida nueva en Cristo.

Pero para esto, necesitarán los discípulos una ayuda, y entonces es que Jesús les aclara que enviará al Espíritu Santo, para que esté siempre con los seguidores de Jesús.

De muchas maneras se ha traducido al Español al Espíritu Santo: Paráclito, Defensor, Abogado, Consolador... etc. Es que la acción del Espíritu Santo es recordarnos a Jesús, traerlo a nuestra vida y animarnos. Su presencia no nos deja huérfanos. Él nos ama, se entrega por sus discípulos. Sus discípulos lo aman, cumplen sus mandamientos, cambian de vida, el Padre los ama y el Espíritu Santo se derrama sobre todos los creyentes.

De esta manera que parece un juego de amor entre Dios y sus discípulos, Él se manifiesta, y vive en medio de los seguidores, o sea de la Iglesia.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- Jesús habla claro de sus mandamientos y del amor. ¿Cómo vivo yo el amor a Jesús? ¿Cómo lo manifiesto?
- ¿Qué significa en mi vida cumplir los mandamientos? ¿Es fácil, hay obstáculos? ¿Qué piensas?
- ¿Cuáles son los obstáculos en tu propia vida para poder llegar a amar a Jesús de verdad, no con palabras sino con acciones concretas?
- ¿Soy consciente que amar es vivir de una manera nueva, que al vivir así podré recibir al Espíritu Santo?
- ¿Te has sentido huérfano de Dios alguna vez? ¿Has pensado que Dios te ha abandonado? ¿Qué significaría esto. Acaso ¿no será que tu incumplimiento de los mandamientos te alejó del Señor?
- ¿Cómo es mi relación personal con Jesús? ¿Medito su Palabra? ¿Dialogo con Él con frecuencia?
- ¿Recibo con alegría al Espíritu Santo que me defiende, me cuida, y me recuerda a Jesús y su amor?
- ¿Entiendo que si yo amo a Jesús y cumplo sus mandamientos, también el Padre me amará?
- ¿Estoy atento a todos los frutos y bendiciones del Espíritu Santo en mi vida?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias porque no nos dejas solos. Queremos permanecer en tu amor. Señor, sabemos que el amor debe manifestarse claramente en obras. Muchas veces no cumplimos tus mandamientos de amor, y te pedimos perdón. Queremos ver con claridad cuál es el camino más correcto para ser tus discípulos. Queremos sentir tu presencia, y entendemos que esto está directamente relacionado al amor y el cumplimiento. Señor queremos ser tus discípulos, a pesar de nuestras faltas. Mándanos tu Espíritu Santo, que nos consuele y nos haga sentir que no estamos huérfanos. ¡Ven Señor a nuestra vida! Amén

4. La voz del Papa

Regina Coeli 17/5/2020

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cf. Juan 14, 15-21) presenta dos mensajes: el cumplimiento de los mandamientos y la promesa del Espíritu Santo.

Jesús vincula el amor a Él con el cumplimiento de los mandamientos, y en esto insiste en su discurso de despedida: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (v. 15); «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama» (v. 21). Jesús nos pide que le amemos, pero explica: este amor no se agota en un deseo de Él, o en un sentimiento, no, requiere la disponibilidad a seguir su camino, es decir, la voluntad del Padre. Y esta se resume en el mandamiento del amor mutuo —el primer amor [en la actuación]— dado por el mismo Jesús: «Que os améis unos a otros; como yo os he amado» (Juan 13, 34). No dijo: “Amadme como os he amado”, sino “amaos recíprocamente como yo os he amado”. Nos ama sin pedirnos nada a cambio. El amor de Jesús es un amor gratuito, nunca nos pide nada a cambio. Y quiere que este amor gratuito suyo se convierta en la forma concreta de vida entre nosotros: esta es su voluntad.

Para ayudar a los discípulos a recorrer este camino, Jesús promete que rogará al Padre que envíe «otro Paráclito» (v. 16), es decir, un Consolador, un Defensor que tome su lugar y les dé la inteligencia para escuchar y el valor para observar sus palabras. Este es el Espíritu Santo, que es el don del amor de Dios que desciende al corazón del cristiano. Después de que Jesús muriera y resucitara, su amor se da a aquellos que creen en Él y son bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El Espíritu mismo los guía, los ilumina, los fortalece, para que cada uno pueda caminar en la vida, incluso en medio de la adversidad y la dificultad, en las alegrías y las penas, permaneciendo en el camino de Jesús. Esto es posible precisamente permaneciendo dócil al Espíritu Santo, de modo que, a través de su presencia activa, no sólo consuele sino que transforme los corazones, abriéndolos a la verdad y al amor.

Frente a la experiencia del error y del pecado —por la que todos pasamos—, el Espíritu Santo nos ayuda a no sucumbir y nos hace acoger y vivir plenamente el sentido de las palabras de Jesús: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos» (v. 15). Los mandamientos no se nos han dado como una especie de espejo en el que vemos reflejadas nuestras miserias e incoherencias. No, no son así. La Palabra de Dios se nos da como Palabra de vida, que transforma el corazón, la vida, que renueva, que no juzga para condenar, sino que cura y tiene como fin el perdón. La misericordia de Dios es así. Una palabra que ilumina nuestros pasos. ¡Y todo esto es obra del Espíritu Santo! Es el Don de Dios, es Dios mismo, que nos ayuda a ser personas libres, personas que quieren y saben amar, personas que han comprendido que la vida es una misión para proclamar las maravillas que el Señor realiza en aquellos que confían en Él.

Que la Virgen María, modelo de la Iglesia que sabe escuchar la Palabra de Dios y acoger el don del Espíritu Santo, nos ayude a vivir el Evangelio con alegría, sabiendo que el Espíritu nos sostiene, fuego divino que caldea nuestros corazones e ilumina nuestros pasos.